



**HASTA QUE
TODO ARDA**

NO SOLO EL FUEGO QUEMA

**EVA MARÍA
TORRECILLA FARTO**

HASTA QUE TODO ARDA

Primera parte
No solo el fuego quema

Eva María Torrecilla Farto

Índice

- Prefacio. Al límite.
1. Flashover.
 2. Bajo tierra.
 3. Sin sal, sin limón, ¡y sin gestos!
 4. Sangre caliente.
 5. La película de Shoreditch.
 6. De típicos y tópicos.
 7. A sangre y fuego.
 8. Vete a la mierda, Hudson.
 9. Venom.
 10. Sobreviviré.
 11. Traición.
 12. El Español Ahorcado.
 13. El otro Erich.

14. Entre llamas.
15. Saltar y no morir, sino volar.
16. El romanticismo según Charlie Hudson.
17. Hermanos de sangre.
18. Sed de venganza.
19. Rock'n'roll Queen.
20. Paranoia.
21. Sólo un desliz.
22. Mi pequeña y dulce Lola.
23. A oscuras.
24. Celos.
25. Sin salida.
26. La cabeza de Ana Bolena.
27. Eléctrico.
28. El último adiós.
29. Pariser Platz (I)
30. Más allá de la vida.
31. La caja roja.
32. En defensa propia.
33. Demonios.
34. Sybil.
35. Restos de sangre y ceniza.
36. Sombras de Bullen Street.
37. Jugando con fuego.
38. Sin nada que perder.
39. Desde lo más profundo del alma.
40. Berlín.
41. Pariser Platz (II)
42. Dondequiera que vayas.
43. Máquinas rotas.

44. El cazador y la presa.
45. Nube de sangre.

Prefacio Al límite

—Creo que ya no nos siguen.

—No te pares. Sigue caminando.

—Pero... los hemos despistado, ¿no?

—Yo no contaría con eso.

Era inútil, ya lo sabía, pero aun así seguí tras sus pasos con una desesperación que rayaba en el más puro histerismo. El frío londinense, cómplice de nuestra fuga desesperada, se clavaba en mis pulmones atosigados por culpa de la carrera. La noche neblinosa caía sobre nosotros como un muro impenetrable, envolviéndonos en una burbuja azulada que sólo nos permitía ver en unos metros a la redonda. Las luces de las farolas que se desperdigaban por el paseo de St. Paul, a orillas del río Támesis, apenas aparecían como luminiscencias brumosas y amarillentas.

Nuestros pasos apresurados resonaban a través de la niebla en forma de eco; los jadeos que salían de mis labios cortados por el frío se convertían en volutas de vaho azules que terminaban mezclándose con la bruma helada.

—¿Podrías ir... más despacio?

—No podemos permitirnos andar despacio...

—¡Llevamos así desde Millenium Bridge! ¡Es imposible que sigan...!

—¡Joder, cierra la puta boca y sigue andando!

Su alta figura ni siquiera aminoró el paso, aunque me lanzó una furiosa mirada que, de no haber estado ya tan asustada, me habría dejado clavada en el sitio.

—No me grites, ¿vale?

—O sigues caminando o dentro de dos minutos Rowlings se te echará encima con toda su banda de bestias.

Casi ni entendí aquello último: su acento norteamericano se intensificaba cuando estaba alterado, que era cuando sus palabras se volvían ininteligibles para mí.

—Hudson...

—¡Que camines, joder!

Me obligué a morderme la lengua y a seguir andando todo lo rápido que me permitían mis piernas acalambradas por el esfuerzo. Sabía que tenía razón y que pararnos significaría estar más cerca de las fauces de Rowlings, pero el cansancio y la carencia de sueño tras dos días sin dormir dificultaban que el razonamiento se impusiera a la voluntad de mi cuerpo por dejarme caer ahí mismo, sobre el empedrado frío y húmedo de St. Paul. Morir a manos de Rowlings o morir por agotamiento, qué más daba... Sólo un pequeño hálito de rebeldía en mi conciencia, tan débil como mi propio cuerpo, me impedía abandonarme al cansancio.

—Dios... —murmuré casi sin aliento, al tiempo que intentaba imitar las largas zancadas de Hudson.

El murmullo del río era escalofriante; el sonido del tráfico llegaba ahogado a nuestros oídos, como si estuviéramos en una dimensión totalmente distinta a la nuestra. A esas horas de la madrugada nadie recorría el paseo, y menos estando tan al este de la ciudad como nos encontrábamos. A pesar de que rezaba con todas mis fuerzas para que apareciera algún policía, sabía que no nos encontraríamos a ninguno por esa zona, en principio tranquila.

Y Rowlings contaba con eso.

—¡Vamos, muévete! —Hudson frenó un poco para agarrarme del brazo y arrastrarme a través de la niebla de la misma manera que si yo fuera un muñeco de paja.

Sin embargo, su voz airada consiguió el efecto contrario al que él había esperado. Aquel tono perentorio de voz me enfureció y sustituyó al miedo y a la ansiedad que hasta entonces me habían dominado. Me solté de su mano bruscamente y me paré en medio del paseo para plantarle cara. Tal y como esperaba, él detuvo sus zancadas y se volvió para mirarme. Tenía el pelo negro revuelto y los ojos completamente dilatados, pero no tenía modo de saber si era por la ira, por el miedo o por las dos cosas a la vez.

— ¡Es culpa tuya! —le chillé, completamente fuera de quicio—. ¡Si estamos así es por culpa tuya, pedazo de gilipollas!

—¡Nadie te pidió que te metieras! —me respondió él a gritos, furioso.

—¡Me arrastraste a esto! ¡Tú me arrastraste hasta aquí! ¡Joder, estamos perdidos, Hudson! ¡No, peor...! ¡Estamos muertos! Rowlings acabará con nosotros...

La ansiedad me golpeó de tal manera que empecé a hiperventilar mientras mi corazón galopaba hacia la taquicardia. La idea de saberme en las garras de Rowlings me hacía perder los estribos. Pero Hudson se acercó a mí, me cogió por los brazos y me sacudió violentamente, tanto que me hizo daño en el cuello.

—¡Tranquilízate, maldita sea! ¡No tenemos tiempo para esto!

Me soltó un brazo, pero empezó a tirar de mí agarrándome fuertemente del otro. Seguí sus zancadas como buenamente pude mientras el paseo dejaba de seguir la orilla del Támesis y se adentraba en el interior de la ciudad. Pasamos por una zona de restaurantes cerrados que estaba en obras, las cuales cortaban la dirección habitual de St. Paul.

Las únicas opciones que nos dejaba aquello era la de retroceder o la de seguir por un estrecho y sucio callejón de tonos marrones que se deslizaba serpenteante entre dos edificios antiguos. Miré angustiada el callejón hundido en la niebla, que apenas estaba iluminado por unas cuantas luces titilantes aquí y más allá. Parecía el escenario de una película de terror... de nuestra particular película de terror.

Sentí un escalofrío, pero sabía que la opción de retroceder era aún más terrorífica, ya que nos encontraríamos a Rowlings de cara. Crucé una significativa mirada con Hudson, que me apretó con fuerza el brazo, aunque esta vez supe que era un gesto de ánimo.

Sin mediar palabra, ambos nos adentramos en aquel escenario brumoso y frío, de corredor tan estrecho que tuve que pasar detrás de Hudson para que cupiéramos los dos. Avanzamos en silencio, agarrados de la mano: la palma de él estaba sudada a causa de la carrera y la tensión, pero agradecí su contacto cálido, tan diferente al que la niebla estaba dejando sobre mis mejillas y mi nariz, gélidas hacía ya tiempo.

A los pocos minutos, nuestros corazones se congelaron al oír unas voces masculinas atravesar la niebla. Hudson se detuvo y miró hacia atrás, al callejón que habíamos recorrido juntos; yo le imité tratando de vislumbrar algo, cualquier sombra en el muro impenetrable que la bruma había formado a nuestro alrededor. Durante un segundo, creí que las voces habían sido imaginaciones nuestras producidas por la tensión y la paranoia, pero entonces una risa escalofriante, aguda y penetrante, llegó hasta nosotros como un rumor débil, y aun así, demoledor.

—Nos ha encontrado.

No sé de dónde saqué el aire para decir aquello, pero mi voz salió tan quebrada que dudé que Hudson me hubiera oído. Él se limitó a decir una sola palabra:

—Corre.

La adrenalina pareció estallar en mi cuerpo al oírle. No tardé en girarme y salir corriendo detrás de Hudson, a una velocidad que jamás creí alcanzar. Recorrimos el callejón a la carrera; nuestros pasos sobre la lengua de hormigón que cubría el suelo resonaban a tal volumen que creí que todo Londres podía escucharnos escapar de la muerte.

El callejón terminó y ambos nos encontramos jadeando delante de lo que parecía la entrada a un garaje, algo que me resultó extraño, ya que en Londres no abundaban los aparcamientos subterráneos. Este no era precisamente subterráneo, sino que ocupaba los bajos de un edificio decrepito que se alzaba sobre el río Támesis como una torre abandonada y oscura, y del que no veía las plantas superiores debido a la fría niebla que todo lo devoraba.

Hudson miró un momento a su espalda, al callejón del que habíamos salido, y luego volvió a girarse hacia la entrada del aparcamiento, tan oscura que no nos permitía ver lo que nos acechaba desde el interior. A la luz neblinosa de la última farola del callejón, pude ver el sudor brillando sobre sus sienes y sus mejillas, y la forma tensa en que apretaba la mandíbula. No quería entrar, pero sabía tan bien como yo que aquella vez no teníamos ninguna otra opción.

Fui yo la que di el primer paso hacia la boca oscura que se erguía frente a nosotros como si fuera la mismísima entrada al infierno. Hudson se apresuró a seguir mis pasos temblorosos, y juntos dejamos atrás la niebla y nos adentramos en la penumbra tenebrosa y terriblemente muda del garaje. Sólo la luz blancuzca de una cabina de seguridad abandonada daba algo de luz al aparcamiento, en el que pudimos divisar las figuras sombrías de algunas motos aparcadas en batería en ambos extremos.

Parecía un aparcamiento operativo, pero de tan poca importancia que había dejado de tener guardia de seguridad, si es que alguna vez tuvo uno. Era enorme y, salvo

por las motos, todo lo demás aparecía vacío y desangelado. Al otro lado, enfrente de nosotros, había otra entrada cubierta por la niebla azulada que ya conocíamos.

Me giré hacia Hudson para discutir con él sobre lo que debíamos hacer, pero no me dio esa opción. Me tomó de la mano y tiró violentamente de mí al tiempo que me guiaba hacia la zona oscura del aparcamiento, donde la luz de la cabina no conseguía llegar. Caminamos a tientas hasta toparnos con la pared que marcaba el final del garaje y me obligó a arrodillarme detrás de unas motos viejas que despedían un fuerte olor a óxido y gasolina.

—Ya sé que nunca me haces caso y que esta es una situación un poco... extrema. Pero por Dios, Lola, por lo que más quieras: oigas lo que oigas, ocurra lo que ocurra, no salgas de aquí, ¿vale? No hagas tonterías, no te muevas, ni siquiera respíres. Procura... —se le quebró la voz, pero sus manos tantearon la oscuridad hasta cerrarse sobre las mías—. Ni se te ocurra salir hasta que amanezca, ¿de acuerdo?

—Pero, ¿qué vas a hacer?

—Eso es cosa mía. Tú mantente al margen... que es donde siempre tuviste que estar, al fin y al cabo.

Mantente al margen. Era demasiado tarde para que esas palabras tuvieran algún sentido. Aun así, me obligué a no recordárselo e intenté volver a confiar en él.

—Está bien.

—Joder... —dijo entrecortadamente, soltando una risa seca y sin alegría—. Para una vez que me haces caso y es en una situación en que no puedo disfrutarlo.

No pude sonreír ante el comentario. Mis labios agrietados y fríos se habían olvidado de cómo curvarse o hacer movimiento alguno. Tampoco podía hablar: cualquier comentario que pudiera decir me sonaba estúpido y frívolo. Así que desenlacé nuestras manos para poder echarle los brazos al cuello y atraerle hacia mí, para que supiera que a pesar de todo lo que había pasado entre nosotros y

del daño que nos habíamos hecho mutuamente, todavía quedaba algo bueno dentro de mí hacia él. ¿Cariño? ¿Amistad? ¿Amor? No estaba segura de cómo llamarlo; quizás ni siquiera pudiera ponerle un nombre. Lo único que sabía con certeza es que no quería que le pasara nada malo y que la sola idea de que cayera en manos de Rowlings me producía escalofríos.

Enterré la cara en su abrigo negro y aspiré su olor a colonia cara y masculina. Él me apretó un momento contra sí y me besó en la coronilla antes de soltarme con decisión.

—Tampoco es para que nos pongamos tan melodramáticos, ¿sabes?— comentó, intentando recuperar parte de su tono ácido, sin conseguirlo.

Dejé que se levantara de mi lado y me dejara sola, tirada sobre el frío suelo del aparcamiento. Gracias a la luz lejana de la cabina, pude ver su figura moverse alrededor de las motos tras las que yo me escondía. A los pocos segundos, se volvió a acercar a mí arrastrando lo que parecía una larga cubierta tras de sí.

—Échate esta lona por encima —me dijo pasándome el pesado plástico—. Así no te verán. Y recuerda:...

—No me moveré hasta el amanecer —suspiré—. Ten cuidado, Hudson, por favor.

—Descuida.

Su voz sonó tan triste que tuve que usar toda mi fuerza de voluntad para no levantarme y abrazarle de nuevo. En lugar de eso, me eché la lona de plástico por encima y me acurruqué debajo. Arrugué la nariz ante el fuerte olor a gasolina que desprendía, pero me esforcé por quedarme lo más quieta posible.

Escuché los pasos de Hudson alejarse de mí, probablemente en dirección a la cabina de seguridad, que era el único punto de luz que había en todo el aparcamiento.

Después, reinó el silencio. Ni siquiera le escuchaba a él: ¿acaso se había ido a buscar un escondite más seguro que el que me había proporcionado a mí? ¿O también se

había escondido detrás de unas motos, acurrucado bajo una vulgar lona como yo?

Toda aquella tensión podía conmigo. Tenía que echar mano de toda mi voluntad para no quitarme aquel apestoso plástico de encima y empezar a buscar a Hudson. De pronto, me vinieron a la cabeza tantas cosas que tenía que decirle, tantas confesiones abrumadoras que me provocaron unas inmensas ganas de echarme a llorar por haber sido tan tonta de callármelas. Sabía que Hudson me había hecho mucho daño, y que yo se lo había hecho a él, pero aún con todo, en ese momento supe que era capaz de perdonárselo todo y que había sido una completa imbécil por haber perdido el tiempo de una forma tan estúpida. Estaba a punto de levantarme de un salto para ir en su busca, cuando escuché unos pasos hacer eco entre las paredes del aparcamiento.

Pensé que era Hudson, que venía a buscarme, pero me percaté de que esos pasos no pertenecían a una única persona, sino a varias. Algo frío me bajó por el estómago al darme cuenta de que Rowlings nos había encontrado y de que estaba tan cerca de mí, que si lo deseaba podía hacer conmigo lo que quisiera, al igual que cualquiera de sus secuaces.

Empecé a respirar tan agitadamente por culpa del miedo que pensé que me oirían y vendrían a por mí. Se me llenaron los ojos de lágrimas al saberme al final de una vida demasiado corta que no me había dado tiempo a apreciar cómo debería haber hecho.

La voz de Hudson se alzó alta y clara en forma de eco por todo el aparcamiento.

—Te estás haciendo viejo, ¿eh, Rowlings? Hace un par de años no hubieras tardado en alcanzarme ni diez minutos. ¡Joder, hace media hora que te di esquinazo y aún sigo esperando a que me des alcance!

Era increíble lo buen actor que parecía incluso en una situación como esa. Escuché la risa escalofriante, alta y

aguda de Rowlings, y tuve el primitivo instinto de empezar a hacer un hoyo en el muro para intentar escapar y alejarme lo máximo que me fuera posible de él y de su risa psicótica.

—Vaya, ¡fíjate! —siguió diciendo Hudson con tranquilidad —Si te has traído a las chicas a la fiesta. ¡Hola, señoritas!

Chicas era el modo en que Hudson llamaba a los matones de Rowlings, de ahí que oyera unos gruñidos fieros y molestos. No sé cómo podía mostrarse tan resuelto: yo ya habría salido por piernas en su lugar.

—Tan escurridizo como siempre, Hudson —habló de repente Rowlings, con esa voz profunda, agradable incluso, que no denotaba otra cosa más que calma. Cualquiera diría que había estado persiguiéndonos por las calles de Londres—. Nunca dejas de sorprenderme. Aunque creo que esta vez te has pasado de la raya.

—¿Tú crees? —respondió Hudson, cuya voz se tiñó de cierta sorpresa infantil.

Rowlings soltó una risa seca.

—¿Sabes, Hudson? Te he llegado a apreciar. Eres un hijo de puta insolente, pero tienes un par de huevos...

—Eso tiene mucha gracia...

—...aunque últimamente te estás pasando de listo. Comienzas a incordiar-me y ya sabes que no me gusta que me...

—¡No es que no te guste que te incordien, Rowlings! —Hudson se empezó a reír de la misma manera que si Rowlings le hubiera contado el chiste del año, de una forma tan natural, tan sincera, que por un instante de horror pensé que había perdido el juicio del todo—. No es eso, ¿verdad? Lo que pasa es que nadie se atreve a incordiarte: ¡ese es el problema! Tendrías que relajarte un poco, viejo perro: vivirás más.

Me quedé helada: ¿viejo perro? ¿Hudson acababa de llamar viejo perro a Rowlings? Lo más sorprendente no había sido el término en sí, si no que aún siguiera vivo y

riéndose con aquellas carcajadas alegres y despreocupadas. Mi asombro fue en aumento cuando escuché a Rowlings soltar una leve risotada entre dientes, un sonido grave proveniente de su pecho que se extendió por todo el aparcamiento, creando un ambiente extraño, de falsa relajación.

—Supongo que tienes razón, chaval. Me estoy haciendo mayor. —Hubo un breve silencio antes de que volviera a hablar en tono ligero—. ¿Te apetece un cigarrillo?

—¿Camel?

—No, Winston.

—Tsss, lástima: con esos tienes un cien por ciento de posibilidades de morirte. Son todo alquitrán. Yo que tú tendría cuidado.

—No eres la persona más indicada para decir eso, Hudson. Ahora, no —escuché a Rowlings aspirar lo que debía ser el cigarrillo y luego soltar el aire profundamente—. Bien, basta de gilipolleces: ¿dónde está tu amiga?

Me aovillé aún más sobre el suelo frío, imaginando la afilada mirada de Rowlings vagando por el aparcamiento hasta la lona bajo la que yo me escondía.

—¿Amiga? Tengo muchas amigas, ya lo sabes. Pero ninguna te serviría para lo que quie...

—Sabes perfectamente a quién me refiero. —Aquellos vez, el tono de voz de Rowlings se volvió afilado, tan suave y dañino como la hoja de un cuchillo—. La rubita a la que te estás tirando.

Hudson soltó una nueva risotada, pero esta vez no fue tan convincente ni natural como las anteriores.

—Me tiro a muchas rubias. No tengo nada en contra de las morenas, pero las rubias tienen... algo especial, ¿no crees?

—Lola. ¿Dónde está?

La voz no admitía réplica ni evasivas fáciles. Me eché a temblar mientras intentaba controlar la respiración. Alguien suspiró: ¿Hudson? ¿Alguno de los matones? Cu-